

CIRCULO VIENES DE PSICOLOGIA PROFUNDA

DIRECTOR: PROF. DR. I. A. CARUSO

Acerca de la posibilidad de las influencias positivas del psicoanálisis en la vida religiosa.

I. *Técnica de personalización.*

Hace algún tiempo, el señor Daniel Lagache publicó un artículo sustancial sobre los supuestos "Artificios del Psicoanálisis" ¹. Que sepamos, ésta es la primera vez que un psicoanalista contesta —y de manera brillante— al sorprendente reproche de "artificialidad" que se hace a la técnica psicoanalítica.

Todo instrumento, toda técnica es un "artificio" al servicio no de la naturaleza bruta, sino del espíritu humano que vence a la naturaleza: un artificio adecuado a los fines que el espíritu se asigna, al menos en tanto que la "artificialidad" del instrumento no comprometa gravemente el fin para el que ha sido creada. Lo cierto es que el proceso de realización traiciona siempre, más o menos, la idea que se ha forjado de la finalidad, y esto ocurre porque en la realización el espíritu se objetiva en el mundo y se compromete en sus contingencias. Pero allí donde no hay artificio, sólo existe naturaleza bruta, y, por lo tanto, falta la inteligencia personal. Es falso creer que la concepción del *homo sapiens* se opone a la del *homo faber*. El hombre es "sapiens" porque es "faber", y es "faber" porque es "sapiens"; es "homo", "anthropos", porque conoce y progresa con los instrumentos de conocimiento y progreso.

Lo propio del instrumento, de la técnica, es revelar y acelerar lo que yo denomino la *personalización progresiva*, es decir, el proceso de hominización, de la transmutación de la naturaleza en cultura, del objeto en conciencia, de la "historia" natural

en historia auténtica. No son el instrumento, la técnica, los que son “despersonalizadores” —todo lo contrario—, sino el uso que de ellos puede, secundariamente, hacer el espíritu “enajenado”².

Por ser el instrumento un medio de personalización, un instrumento puramente “gratuito”, carecería de sentido. Sólo existen técnicas utilitarias, lo cual no significa, en el contexto, por necesidad, que sean bajamente utilitarias; únicamente los fines de la “práctica” pueden ser bajos: la bajeza constituye aquí nuevamente una categoría espiritual no inherente a la técnica. El verdadero criterio de la utilidad de la técnica es si está, sí o no, en efecto al servicio de la personalización progresiva. Esta concepción amplía el sentido propio del término “técnica”; por ejemplo, una “ascética” es, en este sentido, una técnica empleada conscientemente con un fin de personalización.

Ahora bien, la “técnica” psicoanalítica es, para el despliegue de una personalización *perturbada*, la técnica natural más económica la menos “artificial” en el sentido peyorativo de la palabra. ¿Con qué finalidad ha sido creada? ¿Cuáles son los medios que pone en juego para conseguir este fin?

Evidentemente, no está al servicio de la vida sobrenatural; es una *ascética secularizada* e, incluso, ha sido revestida de explicaciones positivas y naturalistas. Sirve a la naturaleza y lo hace *abriéndola* más y más, corrigiendo *los repliegues* de la naturaleza sobre sí misma. De todas las técnicas con que el hombre cuenta para influir en el hombre es la única “ascética” natural que tiende a conceder mayor respeto al hombre; a pesar de todas las explicaciones naturalistas, y por lo tanto deterministas, el psicoanálisis comprende al hombre como potencialmente abierto, indefinidamente “capaz de abrirse”, y superándose constantemente.

Este es un postulado optimista. So pena de que se acepte otro postulado, principalmente el de que la naturaleza humana, por ser caída y mala en sus raíces, no es capaz (incluso si se libera *aparentemente* de sus repliegues y de sus egoísmos) más que de *retroceder* de derrota en derrota, a menos, digo, que se acepte esta paradoja como artículo de fe, no habrá más remedio que aceptar, al menos, la posibilidad de un movimiento ascendente y progresivo, que, ciertamente, no garantiza el salto a lo sobrenatural, pero, por lo menos, no se opone a él e, incluso, en cierta medida, podría *prepararlo* en el plano natural.

He aquí el verdadero dilema. Puesto que la técnica psicoanalítica sirve tan sólo para una cosa: liberar las *motivaciones* humanas de cuanto las rebaja, las falsifica, las hace artificiales y

artificiosas, ¿cuál es su forma de actuar? Automáticamente, mediante su aplicación (lo propio de toda técnica es actuar “automáticamente”), en su condición de técnica de las relaciones interpersonales a un tiempo permisiva y frustrante, el psicoanálisis favorece el juego (auténtico no perturbado) es decir, libre de sus falsificaciones, de las motivaciones humanas. En la técnica psicoanalítica, este funcionamiento alineado de su sentido propio, lo corrige constantemente la combinación de permisión y frustración. Su postulado, acabamos de verlo, es optimista, pero en realidad no lo es de una manera fatalista, naturalista. En su propia esfera, la técnica psicoanalítica quiere hacer todo cuanto puede para favorecer la progresión de lo auténticamente humano, mediante el despojamiento de las enajenaciones que lo mistifican³. En otros términos, el postulado de esta técnica es que el desarrollo del hombre, alentado por una parte por el principio permisivo, y corregido por la otra por el principio frustrante y sublimante de realidad (el “testigo” analista no enajenante y no cosificante representa estos dos principios), estará conforme con el desarrollo general y normal de la personalización. La personalización se desarrolla sobre la base del narcisismo, justamente para abandonar éste y dirigirse hacia el amor objetal y oblativo, hacia la comunicación con un “tú”, hacia el amor de persona a persona. Por ello, la paradoja analítica es que el “espejo” que en el “artificio” psicoanalítico el analista “tiende” al sujeto, en virtud de la transferencia, tiene al principio el carácter de narcisismo, pero el sujeto no se sumerge en él, cual Narciso, porque se trata de un espejo-testigo, un espejo de objetivación (lo que todo espejo debería ser); diría, incluso, que es un espejo que discierne los espíritus . . .

En una palabra, el psicoanálisis participa de la vida, comprendida dialécticamente como desarrollo, como *personalización*. Es “artificial” en cuanto permite *condensar* y *observar objetivamente* —gracias a la transferencia y al testimonio del espejo— lo que es esencial en el curso lleno de contradicciones de la vida humana. El psicoanálisis es un “artificio” de condensación y de corrección de la vida; su naturaleza le proviene de la vida; para señalar bien este carácter esencial, en mis cursos le doy el horroroso nombre de “bio-usia”.

A menos que se admita a priori que la religión florece sólo en los escombros de la vida, que se construye sobre una “pulsión de muerte” —al menos será necesario admitir que el desarrollo de la persona humana *podría* tal vez *preparar* de forma natural al ejercicio de una *religiosidad equilibrada*. No digo que prepare a la religión; que es un enlace con un objeto trascendente, sino

que puede preparar a las motivaciones adecuadas de la religión, es decir, de la afinidad natural subjetiva a una religión objetiva. Es algo diferente a la religión, pero es también algo que no debe descuidarse, porque las motivaciones subjetivas inadecuadas pueden falsificar, impedir las relaciones religiosas, mientras que las motivaciones adecuadas pueden favorecerlas.

II. *Técnica del espíritu.*

Esta es otra cuestión más delicada. Se reprocha al psicoanálisis ser una “psicología de profundidades” y no una “psicología de alturas”. En ello se ve una técnica de rebajamiento en que se quiere combatir o, al menos, reformar el nombre del *espíritu*. En general, los que se refieren insistentemente a lo espiritualista lo hacen en nombre de un concepto abstracto de “espíritu”.

Ahora bien, el espíritu abstracto, el espíritu-objeto no es en ningún modo el espíritu concreto y vivo del hombre, y todavía menos Aquel que sopla Evangelio donde El quiere . . . El espíritu-objeto es con demasiada frecuencia un espíritu alienado en provecho de las motivaciones menos espirituales. Sabemos que este concepto ha sido aceptado incluso por la terminología psiquiátrica, pero el fenómeno de enajenación es mucho más vasto; se encuentra ciertamente en la raíz de todo síndrome psicopatológico, y también en todas las mistificaciones sociales y económicas. Y algunos, precisamente en nombre de un espíritu con demasiada frecuencia mistificado y enajenado, alardean de “superar” el pensamiento de aquellos que precisamente han denunciado con vigor la alineación; se ha puesto de moda “superar” en nombre del espíritu a pensadores tales como Marx o como Freud. Desde luego, todo pensamiento que tiene vida se supera constantemente; es una tautología; por el contrario, para superar un pensamiento, primeramente es preciso captarlo.

Volvamos al reproche de materialismo sórdido que los defensores del espíritu hacen a la práctica psicoanalítica, defensores que por este solo hecho gozan a menudo de una opinión favorable entre los teólogos. Cosa curiosa: este reproche ignora que la técnica psicoanalítica constituye una curación . . . a través del espíritu. En psiquiatría, los defensores del espíritu dejan más espacio a las técnicas materiales y físicas que a un método que, como el psicoanálisis, emplea estrictamente medios . . . espirituales.

No olvidemos que la premisa de un psicoanálisis incluso explicada en forma materialista o naturalista, es ésta: en el ser humano, el espíritu se encarna hasta en las profundidades más abismales. En el ser humano no hay comportamiento de aptitudes que, en cierta medida, no comprometan al espíritu. En el plano de lo humano, todo acto, todo conflicto, toda miseria, participan del espíritu.

En una notable polémica contra A. Koestler, M. Merleau-Ponty dijo en esencia lo siguiente⁴: Koestler —y como el señor Koestler no nos interesa en absoluto, pueden poner el nombre que quieran— Koestler quisiera preservar la sonrisa de la Gioconda de toda relación comprometedora con la infancia de Leonardo, quisiera preservar el valor y el sacrificio de toda contaminación a través del masoquismo o el “instinto de muerte”; ahora bien, Merleau-Ponty contesta que, por el contrario, debería tenerse el valor de buscar en la estructura infantil, incluso en la homosexualidad o el masoquismo o el “instinto de muerte”, *el primer esbozo del drama humano* que las acciones del adulto habrán de expresar en su forma más pura, pero sin que jamás pueda haber una abstracción completa (del drama); por ello, habría que introducir los valores del espíritu en los hechos que se pretenden “biológicos”, porque en el hombre lo biológico tiende hacia lo absoluto, tiende a trascenderse⁵. Nuestros espiritualistas, por el contrario, no se permiten el *análisis psicológico* y la *crítica histórica*, privan al espíritu de una parte de su comportamiento y se entregan así, atados de pies y manos, a las *mistificaciones de la buena conciencia*. Los condicionamientos históricos y psicológicos deberían reintegrarse al tema general de la vida, tema que el hombre tiene libertad para tratar de diversas formas análogas en diferentes planos de valores. De negarnos a ello, corremos un terrible peligro: al enajenarse el espíritu de las motivaciones no reconocidas, se convierte en víctima de una automistificación de este espíritu enajenado y estará obligado a tratar un tema que no ha sido escogido...

En el psicoanálisis, se trata de escuchar y comprender el *diálogo* de la materia y del espíritu, diálogo que constituye la historia del hombre. Por no creer en este diálogo, el espiritualista no comprende nada de la dialéctica de la historia. Tal vez empieza ya a comprenderse que el psicoanálisis ayuda al hombre en la construcción de su historia. En medio de las contradicciones y de las mistificaciones, el hombre enajenado por éstas es víctima del destino en vez de ser artífice de su historia. Ahora bien —o de lo contrario estoy en un gran error— la idea de la historia

símbolo de la Historia Sagrada es una idea muy cristiana ⁶; lo es más que la idea del pléroma (+) histórico, gnóstico, que tanto seduce a cierto espiritualismo. ¿Cuáles son las consecuencias del historicismo? Su inmovilismo y maniqueísmo proyecta los conceptos acabados, cerrados, en un desarrollo móvil y abierto y *viola* así a este último, la “práctica” de los espiritualistas es *siempre* una práctica *agresiva* sin piedad y desdeñosa en nombre de ideales abstractos ⁷.

Preferimos referirnos constantemente a la “práctica” o buscar con paciencia en comportamientos menos sublimes, lo que es la *prefiguración*, el *presímbolo* de estas cumbres espirituales; y preferimos tratar de integrar estos comportamientos que, en el campo de la naturaleza, podrían servir de puntos de partida hacia estas cumbres.

Es en medio de las *contradicciones* intrínsecas a los avances de una lenta *liberación* donde se preparan las posibilidades de la *libertad*. En la “práctica” encontramos principalmente la penosa *liberación* y no una magnífica *libertad* abstracta que se cerniría sobre la materia bruta. Colocando el espíritu por encima y fuera de este proceso y de sus contradicciones y conflictos, se le reserva evidentemente una coartada de mucho provecho para sus propias mistificaciones. Nuestros espiritualistas temen por el espíritu, y lo respetan de tal modo que crean *coartadas* para ocultarle sus propias responsabilidades. No hay ninguna coartada para el espíritu.

Desde luego, necesitamos buena *antropología*, es decir, buena filosofía de la persona, para confrontar constantemente nuestra “práctica” y evitar las emboscadas del sectarismo. He empleado varios años en defender este punto de vista contra aquellos que confunden “práctica” con “ortodoxia de Freud” ⁸. Hemos combatido bastante toda reducción de lo superior a lo inferior para tener hoy el derecho de insistir en el peligro de ciertas reacciones regresivas en psiquiatría y psicoterapia que abundan en el presente. Hace cincuenta años se injuriaba a Freud; hoy tratan de ahogarlo en “superaciones” existenciales, cristianas, etc.

¿Es preciso repetirlo? No olvidamos la necesidad de una sólida filosofía y de una fuerte teología (bastante lo han reprochado); no ignoramos que en el campo psicoanalítico, algunos olvidan la necesidad de una crítica teórica constante, la necesidad de enriquecer la “práctica” mediante la teoría, y a la inversa, porque la “práctica” no es un canon de ortodoxia sino un método vivo de conocimiento y acción. E insistimos igualmente en los peligros de una mala filosofía, ya que la “práctica”

es necesariamente ambigua y puede llevar fácilmente a generalizaciones miopes a la inmanentización de lo trascendente, como en ciertas teorías gnósticas que surgen alrededor de la psicología analítica de Jung. Pero ponemos también en guardia contra esta forma de “resistencia”, que consiste en crear filosóficamente “coartadas” para ser usadas por la mala conciencia y la ansiedad.

III. *Preliminares naturales de la religión.*

Podría parecer que estoy en el prefacio al no haber tratado todavía, aparentemente, el tema propiamente dicho, que es el de las influencias positivas del psicoanálisis en la vida religiosa. Sin embargo, lo esencial queda dicho. He tratado de demostrarles que el psicoanálisis es una “práctica” al servicio de la vida y del espíritu, una ascética natural de liberación del espíritu. Como tal, puede ejercer una influencia benéfica en la situación religiosa del hombre.

Por ello me limitaré ahora a esbozar algunas directrices generales, y esto en forma sencilla, para que puedan servir de reflexión y de discusión. Pido toda la prudencia necesaria para tratar tal asunto con indicaciones tan esquemáticas; los teólogos y los psicoanalistas reunidos en este auditorio deberían tratar de esclarecer con un espíritu de investigación y de comprensión, no de polémica y de división, los problemas que yo me limito a indicar.

Y antes que nada, quiero resaltar que sólo hablo del aspecto natural de estos problemas. Si puede haber en general una preparación natural al ejercicio de la religión, un encauzamiento de la motivación hacia un “enlace” objetivo (y sería preciso que el otro término, objetivo, de este “enlace” fuera acordado), si los aspectos naturales no están totalmente ausentes de la religión, entonces, y solamente entonces, esta preparación y este encauzamiento *deben* ser visibles en psicoanálisis, y no añadimos otra cosa. Se trata, pues, de *dinamismos naturales* que pueden favorecer o perjudicar a la religión, pero no de la religión misma, que sólo puede ser una respuesta gratuita a estos dinamismos arquetípicos. Los participantes de nuestros congresos recordarán que hace cuatro años Pío XII ponía en guardia contra la confusión de estos términos, confusión que hace estragos en ciertas concepciones de los dinamismos arquetípicos. ¿Puede decirse, sin embargo, que estos dinamismos psíquicos no sean, incluso, importantes para la vida religiosa? Me parece que existe la ten-

dencia de subestimar su importancia allí donde la concepción de la religión es sobre todo racionalista.

Pero les aseguro que estos factores psíquicos tienen mucha importancia cuando hemos de tratar con nuestros pacientes, en los cuales las relaciones con la verdad objetiva son perturbadas, incluso impedidas, o al menos, las más de las veces, falsificadas por trastornos de sus dinamismos naturales. En la segunda parte de nuestra exposición hemos tratado de demostrar que cierta apología abstracta de la trascendencia acaba por favorecer las mistificaciones, las “coartadas”. La puja espiritualista no tiene nada que ver con la autonomía de la gracia. Es bien cierto que la gracia no tiene “necesidad” de una manera necesaria del equilibrio psicológico, como tampoco se identifica con una “salud” natural o con una norma psicológica, porque se concede gratuita y no higiénicamente; pero tampoco es menos cierto que nuestro deber natural es no descuidar nada para normalizar el terreno natural y por ese camino prepararlo a recibirla. ¿A dónde nos conduciría la negación de esta evidencia? Al nihilismo total, que comprometería todo esfuerzo de educación y de progreso social.

Y bien, considero que la “práctica” no enajenada del psicoanálisis puede servir para allanar estas vías naturales, e indirectamente para alcanzar los preliminares naturales de las virtudes teologales que, indiscutiblemente, están fuera de la competencia psicológica. Estos resultados son, por otra parte, “preliminares” vistos a partir de la totalidad de una antropología cristiana; en realidad, estos resultados son también valores propios, autónomos, suficientes como tales para la “práctica” psicoanalítica que no debe tratar de transgredir su propio dominio. Debe hacer hombres normales, no santos, y estar dispuesta a no cerrar los ojos ante la ambigüedad filosófica del concepto de “norma”. Esta distinción es importante, porque cierra el camino a todo pelagianismo.

Como *criterios* de los “preliminares” de la religión (“preliminares” que constituyen los valores propios de la “práctica” y no son “preliminares” más que para la religión”), hemos propuesto las virtudes teologales. En su magnífica *Columna de fuego*, el señor Karl Stern dijo que el psicoanálisis era para él la embriología de la caridad y de su misma conversión. Tratemos de prolongar esta idea indicando solamente la dirección de ella.

a) Empecemos por la *caridad*. Difícilmente puede dudarse que, aunque “eros” y “agape” sean inconmensurables, no es menos cierto que el “eros” altruista sea un preliminar natural más

indicado que un “eros” narcisístico, replegado en sí mismo. En uno y otro caso, el egoísmo debe superarse.

El propósito central del psicoanálisis es desarrollar las posibilidades de amar, de liberar del narcisismo a las energías de amor para investir con ellas al “tú” compañero. Naturalmente hay muchos puntos discutibles en los ensayos de Freud sobre racionalización. La “libido narcisista” ¿es una energía sui géneris? Freud lo da a entender; nos parecería más bien una etapa que superar, un resto de fijación. Hay una “pulsión de muerte” que triunfe de la libido? Freud está persuadido de ello; nos parece que él filosofa aquí de una manera finalista y si se filosofa así preferimos ver en la muerte del individuo una etapa de desarrollo: parafraseando a Freud, diríamos: “La finalidad de la vida es vivir todavía más”.

Pero dejemos las oscuridades teóricas y volvamos a la “práctica”. Esta tiene por objeto ayudar al hombre a liberarse, hacia un mayor amor. La disponibilidad ilimitada del narcisismo está totalmente latente; de hecho, es una indisponibilidad total, y el sujeto del psicoanálisis adquiere una disponibilidad progresiva adentrándose en las relaciones de persona a persona. A la indeterminación del sujeto concentrado en sí mismo sucede la determinación por el compromiso, la sobredeterminación, en fin, por el “tú”: el sujeto descubre (en acción, no en teoría) que el “tú” es amable, al igual que el “yo”, y todavía más... Como en la técnica psicoanalítica, donde, como hemos visto al principio, las relaciones no son “enajenantes”, la “práctica” tiende al respeto y al amor del prójimo, considerado como persona soberana y no como objeto. “Bio-úsico” en su técnica, el psicoanálisis es también “ortobiótico” en sus resultados; es una “ascética” evidentemente natural, una ascética del viejo Adán. Pero prepara al viejo Adán a revestirse con el nuevo Adán.

b) A pesar del racionalismo de sus seguidores, el psicoanálisis es, en cierta medida, preliminar de la *fe*. Al redescubrir el conocimiento por símbolos, Freud creía tener relación con una epistemología exclusivamente arcaica, infantil, neurótica. Lo cual no impide que él haya tomado en serio esta epistemología y haya demostrado que es muchas veces más adecuada que un realismo inocente. El psicoanálisis puede ser una buena escuela contra el orgullo racional y contra el orgullo moral.

Detrás de las motivaciones aparentes, nos acostumbra a buscar realidades más profundas. Detrás de la realidad aparente, descubre un mundo nuevo, que sólo nos puede ser comunicado por el símbolo. El símbolo es un reflejo de la realidad escondida;

piensen, por otra parte, que el *credo* cristiano es un “símbolo de la fe”.

Sé que estoy trazando un cuadro que puede parecer ideal, un cuadro de un psicoanálisis tal como yo lo considero, fiel a su propia criteriología de conocimiento, y no tal como puede ser visto por un racionalista (por otra parte inconsecuente consigo mismo). Porque el psicoanálisis es el encauzamiento, paso a paso, de un lento conocimiento que, detrás de los oscuros símbolos, capta una realidad que sobrepasa a éstos. No tengo ningún escrúpulo en afirmar que, si fuera siempre consecuente consigo mismo, el psicoanalista debería meditar sobre las grandiosas palabras de San Pablo: “Conocemos imperfectamente y profetizamos imperfectamente; pero cuando se consiga la perfección, entonces se abolirá lo que es imperfecto. Cuando era niño hablaba como un niño, pensaba como un niño, razonaba como un niño; cuando me hice hombre, me deshice de todo lo que conservaba del niño. Hoy vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos frente a frente. Hoy conozco imperfectamente; entonces conoceré como he sido conocido” (I Cor. 13, 9-12). En su plano modesto de preliminar natural ¿no sigue el psicoanálisis el mismo proceso gnoseológico?

c) Debo confesar que he precisado mucha práctica para comprender que el psicoanálisis puede ser un preliminar de la *esperanza*. Desde luego, todos los psicoanalistas estarán de acuerdo con la necesidad de que el sujeto dé el primer paso: su esperanza de recibir la curación mediante consultas es la prenda de ésta. Pero por otra parte el psicoanálisis renuncia a los estímulos espectaculares, provoca incluso aparentemente una especie de escepticismo al poner en duda las motivaciones mejor fundadas. Y entonces ¿no se le ha reprochado bastante que es una técnica que marcha atrás?

Pero el psicoanálisis no es una introspección estéril. La finalidad de su “práctica” está en la maduración, por lo tanto en la superación de las etapas provisionales, en la liberación, en el porvenir, *no en el pasado*, como pretenden algunos. Justamente la *fijación en el pasado* mistifica al neurótico y, mistificándole, le enajena y le martiriza. El olvido aparente, el rechazo ansioso no es liquidación del pasado: la “mala conciencia” unida a este pasado nunca liquidado, no es, en modo alguno, la “emetanoia”. La dialéctica del psicoanálisis consiste en que se dedica al pasado para aceptar lo primero y liquidarlo al aceptarlo. Estaríamos tentados al decir que esta “praxis” admite implícitamente

una providencia cuyas decisiones se aceptan a la vez que ejerce su libertad de construir el porvenir.

La "práctica" del psicoanálisis, no obstante lo que se piense de las racionalizaciones deterministas de sus maestros, es una técnica natural de esperanza; basada en la confianza y el respeto de la libertad personal, no admite ningún compromiso con las motivaciones mistificadoras y no teme la frustración por la realidad. Su fin no es complacerse en el pasado. Su fin es superarlo: aceptar para superar. Aquí también, en su plano de preliminar natural, el psicoanálisis, sin saberlo siempre, toma otra vez la palabra del mismo Apóstol que he citado antes: "Todavía no creo haber alcanzado el fin. Pero hago una cosa: olvidando lo que hay detrás de mí e inclinándome hacia lo que está delante, corro hacia la meta" (Phil., 3, 13-14).

NOTAS

Conferencia dada en el VII Congreso Católico Internacional de Psicoterapia y Psicología Clínica, Madrid, 10-15 de septiembre de 1957. *Conducta Religiosa y Salud Mental*. Madrid, 1959, 181-190.

¹ Daniel Lagache, *Les artifices de la psychanalyse*, en *Les Etudes philosophiques*, Nº 4, París, 1956, págs. 585-593.

² En este sentido, el artificio es, pues, propio del hombre. La interioridad más y más compleja de la materia viva se sirve de instrumentos cada vez más complejos para informar al mundo. Esta cualidad de interioridad sólo puede encontrarse donde hay vida y donde hay materia. Los instrumentos de la interioridad son primeramente específicos, es decir, comunes a una especie, e innatos (esquemas innatos de comportamiento), pero tienden a una mayor individualización, es decir, a funcionar perfectamente en un representante aislado de la especie. Por ejemplo, el sistema nervioso, introducido bastante tarde en la escala de la evolución; evidentemente, no es la "causa primaria" del psiquismo sino un resultado instrumental del psiquismo en una perspectiva dialéctica: el efecto, pero al mismo tiempo la causa de una nueva etapa del desarrollo, que, a su vez, origina cambios en el instrumento, cambios que provocan una nueva etapa, etc. En el plano humano aparecen los instrumentos "artificiales", es decir, proyectados hacia el exterior del cuerpo, pero todos, tanto los más complicados como los más sencillos, son prolongaciones del esquema corporal. Se trata de un cuerpo, secundario, reflexivo; en efecto, el instrumento artificial supone el retorno a uno mismo, el adquirir conciencia de un Yo en una cierta oposición (y comunicación) con un no-yo.

Hemos designado este proceso con el nombre de “ley de instrumentalización progresiva”, que es correlativa con la “personalización progresiva”; en el caso de la personalización progresiva se trata tanto de una individualización creciente como de una especialización creciente. Contrariamente a lo que con frecuencia se cree, la personalización no es idéntica a la individualización ni a la colectivización, sino a un producto dialéctico de las dos: la sociedad (por la especie) asume la administración de instrumentos cada vez más complicados, precisamente para conceder mayor libertad al individuo, el cual, por cierta clase de “mutaciones” psicológicas inventa nuevos instrumentos, etc., que crean la dialéctica sociedad-individuo, dialéctica que necesariamente ha de atravesar por períodos de crisis. No obstante, se ve cuán desplazadas están las eternas lamentaciones de aquellos que, a cada nuevo salto, profetizan la muerte del espíritu humano por causa de la técnica...

³ Lo que en realidad constituye la grandiosa “artificialidad” de la técnica psicoanalítica (en realidad su naturaleza y su verdad), es que *el psicoanalista es el compañero menos enajenante posible del psicoanalizado*. Conserva su papel de testigo: testigo de la investigación, de la maduración, del crecimiento. La técnica psicoanalítica permite, por el solo hecho de su aplicación, corregir los comportamientos transferenciales, gracias al espejo que presenta el testigo. La técnica psicoanalítica es, con demasiada frecuencia, considerada “artificial” por la única razón, gracias a la cual no lo es en realidad: principalmente por el papel especial del psicoanalista, papel de testigo no enajenante (hay tendencia a imaginarse que el psicoanalista es una especie de “buen tirano”, como si hubiera buenos tiranos). En la actitud del psicoanalista se encuentra el respeto absoluto de la personalidad humana.

^{3a} Del griego: Bios = vida; Usía = esencia.

⁴ Maurice Merleau-Ponty, *Humanisme et terreur*, 2ª edición, Gallimard, París, 1947.

⁵ A Koestler, que le opone “el triunfo de lo biológico” en el caso del Marqués de Sade, Merleau-Ponty contesta que Sade es precisamente el triunfo del espíritu, pero de un espíritu enajenado y agresivo en su enajenación, porque en el aspecto humano lo biológico tiende a estar inspirado hacia lo absoluto, se convierte en lo absoluto si el espíritu mistificado no lo reconoce. El señor Juan J. López Ibor nos ha hablado, en su magnífico discurso de inauguración de este Congreso, de un don Juan transfigurado por una especie de canonización popular. Y bien, esto prueba justamente que el pueblo español reconoce en su imagen arquetípica la trascendencia de lo biológico hacia “sí mismo”. Pero para comprender esta verdad, es preciso primeramente no temer buscar lo espiritual hasta en las profundidades donde ha encarnado.

⁶ Por otra parte, la Historia Sagrada es, solamente la historia del diálogo entre el Espíritu y la materia en la economía divina: La Creación, la Caída, la Encarnación, la Resurrección, Pentecostés, la Resurrección de la carne...

⁷ Encuentro un ejemplo de ello en una fórmula conmovedora del señor Wilfried Daim, un alumno del que tuve que separarme radicalmente, y que se basa en esta tesis: “El santo es el único hombre normal” (véase

Umwertung der Psychoanalyse, Viena, Herold, 1951, pág. 254). Tal fórmula es muy justa en una perspectiva de desarrollo incesante para conseguir la gracia gratuita; la trascendencia constituye, evidentemente, un elemento ineluctablemente ligado a la persona, y no ignoramos que el psicoanálisis está con frecuencia cerrado a este elemento. Pero cuidado con las proyecciones espiritualistas. Aquí abajo, el santo está sometido también a la tensión dialéctica del devenir; además, estas fórmulas pueden resultar peligrosas, y lo son a menudo, en efecto, porque son adecuadas para seducir y tranquilizar a aquellos que se sitúan en el punto de vista de lo ideal, como si ya hubiera sido logrado, cuando precisamente se trata de preparar un "material" para su realización eventual (muy eventual, por cuanto depende de un don gratuito).

Se llega a despreciar lo balbucientemente ambiguo y ambivalente de lo espiritual en el "viejo Adán", porque se piensa de forma abstracta en realizaciones posibles del espíritu (el cual es aquí, por otra parte, casi siempre el espíritu de un sistema, más bien que el Espíritu Santo). En la "praxis" se llega a una "psicoterapia agresiva", como lo ha demostrado el R. P. Luis Bernaert a propósito del señor Daim, en un artículo de *Etudes*. Tales fórmulas no mejoran en absoluto la "praxis" psicoanalítica; por el contrario, estas pretendidas "superaciones" son generalmente retrocesos a etapas prefreudianas.

⁸ Ha sido un error, en las discusiones de este Congreso, invocar el criterio de la "ortodoxia" psicoanalítica. Como si la ortodoxia en ciencia, en pensamiento, en "praxis" fuera otra cosa distinta de la enajenación. La tentación de "superar" a Freud sin comprenderle es al menos tan fuerte como la de aferrarse a una "ortodoxia" psicoanalítica. Ayer, como consecuencia de estos debates, me entretuve en establecer una pequeña lista de las diferentes relaciones con la "ortodoxia". Hay seguidores de Freud que son evidentemente ortodoxos: se trata de los ortodoxos... ortodoxos. Hay colegas que dicen adherirse formalmente a la "ortodoxia" para hacerla más flexible: son los ortodoxos-disidentes. Existen, por el contrario, otros que han fundado una disidencia pretendiendo al mismo tiempo que son ellos los verdaderos ortodoxos: se trata de los disidentes-disidentes. Otros se han incorporado a la disidencia para fundar una nueva ortodoxia: los disidentes-disidentes ortodoxos-ortodoxos. Les ahorraré la continuación, porque mi lista es todavía larga. Quisiera que un ortodoxo tuviera a veces la decencia de citar a Jung o un seguidor de Jung el *fair play* de ocuparse algo más de Freud, sin que por ello cayeran en el sincretismo.